

La calle
Diario de un espectador
Mercedes Iturbe
por miguel ángel granados chapa

para el martes 3 de abril de 2007

Además de ser funcionaria de la administración cultural durante décadas, Mercedes Iturbe fue una escritora notable. Su libro *Espíritus cómplices* se formó de entregas semanales a diversos periódicos, textos que era a la vez trozos de biografía y aproximación certera al arte. Como este que se llama “El cantar de los cantares”:

“Rodeada de libros con olor a viejo, de hojas sueltas y de apuntes escritos en papeles de texturas, colores y tamaños diversos, me oculto en la noche oscura. Extiendo sobre mi mesa de trabajo poesías, ideas y palabras, surgidas todas del Cantar de los cantares. Inmersa en un ritual intenso reviso con nostalgia el material que durante doce semanas el escritor Ricardo Garibay nos transmitió con vehemencia y pasión a un reducido grupo de personas interesadas en la literatura. En mi caso personal se añadía la obsesión desesperada por descubrir en la interpretación de Garibay sobre el Cantar de los cantares la irredenta condición de los enamorados.

El escritor nos hizo partícipes y cómplices de sus reflexiones, que durante décadas lo han llevado a ocuparse del mayor canto amoroso de la historia de la literatura. Por espacio de tres meses escuché conmovida todo ese bordado delirante, hecho de voz y de palabras con las que agudamente desmenuzó los ocho versículos que componen el poema. A lo largo de ese periodo, se mezclaron sus opiniones irreverentes, su ironía y su respeto y emoción por todo aquello en lo que cree.

Aunque trabajamos esencialmente en el texto de la Biblia traducido por Casiodoro de Reina (1569) revisado por Cipriano de Valera (1602), nos introdujo también en las traducciones más sobresalientes del poema, como la de fray Luis de León y del mexicano Luis Cabrera. Garibay nos contagió su entusiasmo por las lecturas en voz alta. Leyó y leímos poemas de san Juan de la Cruz, Rafael Alberti, Machado, Concha Urquiza y el propio Cantar de los cantares.

Allá por la primera semana de marzo, cuando iniciaron las inolvidables lecciones me encontraba invadida de una pena tan intensa, que me hizo buscar en ellas un bálsamo que me permitiera mitigarla. Al principio fue muy difícil, pues las emociones y el dolor se agudizaban al penetrar en el poema. Sin embargo, cada semana que transcurría esperaba ansiosa la llegada del jueves, en el que durante dos horas me entregaba como devota amante a desentrañar y compartir, devota y en silencio, los inexplicables misterios del amor. El cantar corría como un río cristalino que refrescaba mi mente y estremecía mi corazón.

Las actitudes conmovedoras y únicas de los amantes, descritas magistralmente en el poema, removían la herida abierta de mis entrañas. Me percibía como algunos animales, cuyo corazón sigue palpitando después de que se les ha quitado la vida. Ese animal moribundo que era yo cuando Ricardo Garibay empezó a ofrecernos con gran entusiasmo algo muy importante de sí mismo, fue encontrando en el Cantar una forma de milagrosa resurrección. En algunas sesiones me sentía reconfortada y en otras totalmente extraviada, pero siempre la belleza de las palabras terminaron por armonizar mi espíritu.

El poema se filtraba en la boca del escritor, hasta convertirse en modulada voz que inundó mi cuerpo y grabó mi corazón como hierro candente. Gracias a esto pude expulsar el aliento envenenado de un canalla que creí mi pastor durante varios años. Bajo la apariencia del encanto amoroso, ese ser despreciable ocultó la mediocridad y la miseria que, al serme reveladas, me hirieron de muerte. A pesar de esto, su traición no me llevó al naufragio.

A lo largo de tres meses, Garibay recalcó la fuerza de la belleza, de la inteligencia y del amor, atributos que sin duda están presentes en el Cantar y que resultan determinantes en su interpretación”.

mirrecta, Buenos Aires Literaria.

⁸⁵Fabrill, en 1960, a *El profesor de inglés*, de Jorge Masciángioli, y, en 1962, a *Sudeste*, de Haroldo Conti. Emecé, en 1961, a *La hora undécima*, de María Ester de Miguel y, en 1964, a *El desatino*, de Griselda Gambaro. Primera Plana/Sudamericana, en 1968, a *El oscuro*, de Daniel Moyano. David Viñas recibió varios: por *Cayó sobre su rostro*, en 1955, se hizo acreedor al Premio Municipal y al Gerchunoff; por *Un dios cotidiano*, al de Editorial Kraft, en 1957; por *Los dueños de la tierra*, al de Editorial Losada, en 1958; al Casa de las Américas, por *Los hombres de a caballo*, en 1967.

⁸⁶Fernando Ayala, Leopoldo Torre Nilsson, Rodolfo Kuhn, Manuel Antín, Sergio Renán, Juan José Jusid, Héctor Olivera.